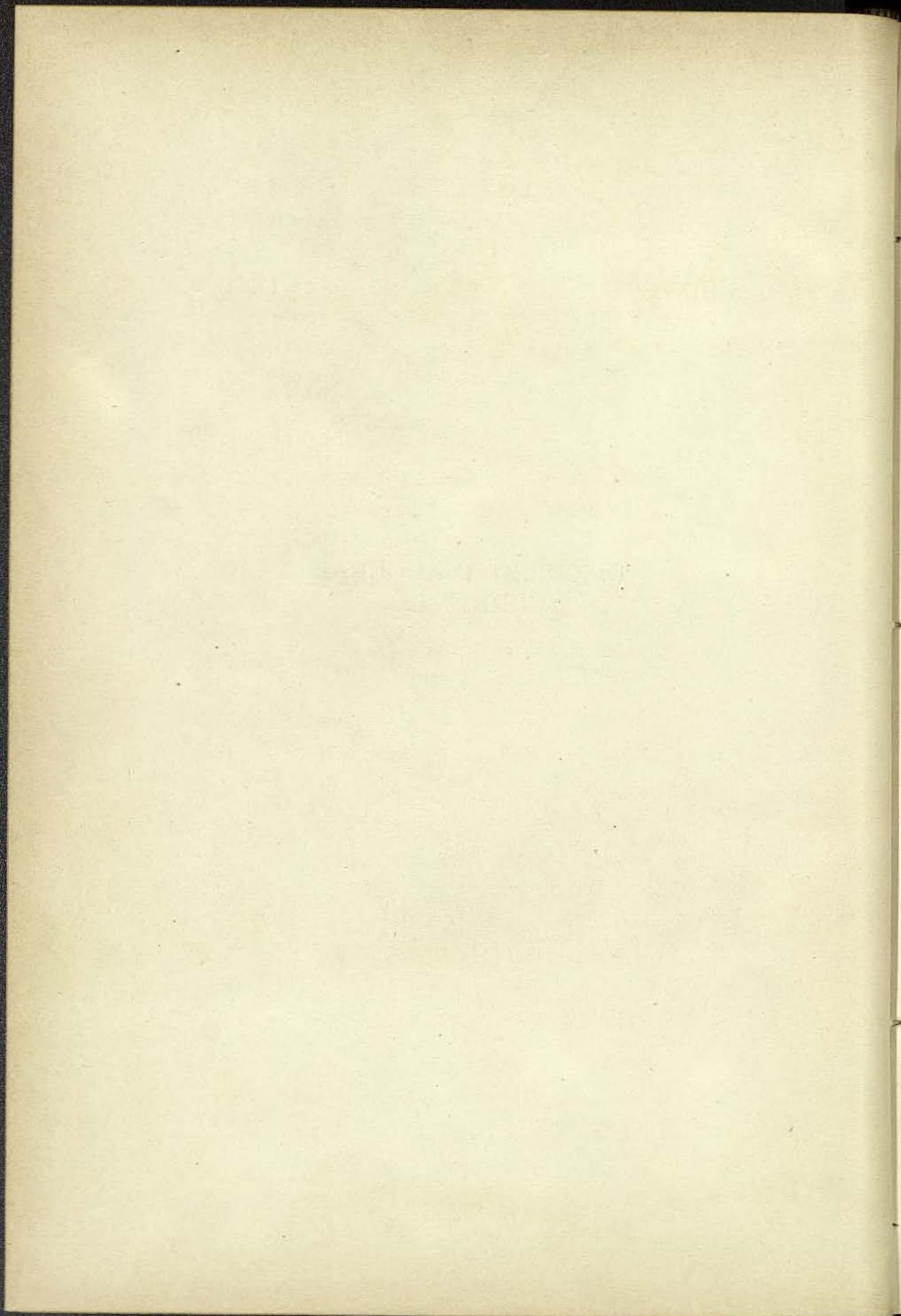


DISCURSO INAUGURAL



DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1901 Á 1902

ANTE EL

CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD  
DE BARCELONA

POR EL

DOCTOR D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

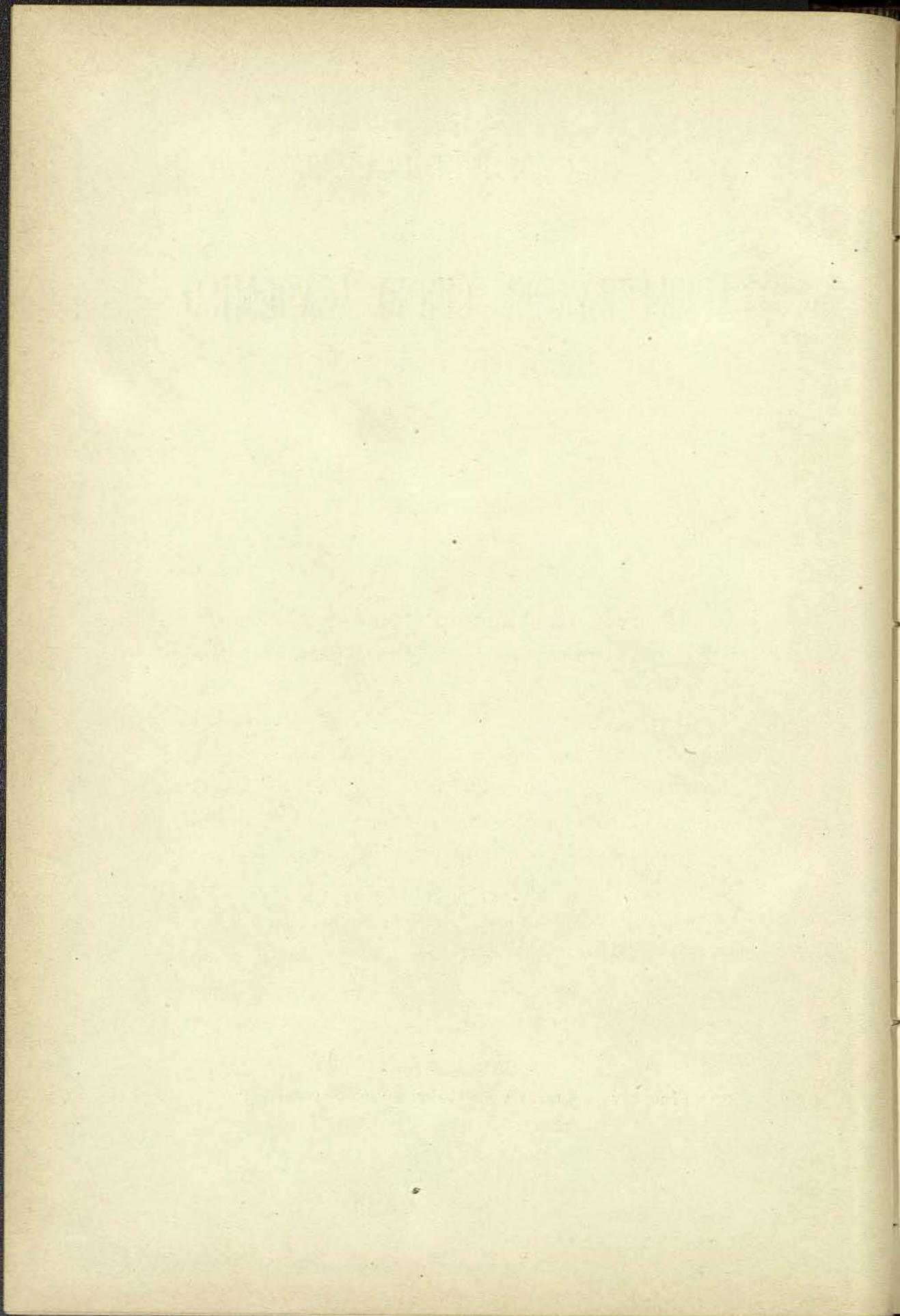
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE MONTSERRAT: PLATERÍA, 43

1901



Excmo. é Ilmo. Sr.

Señores :

**E**L concepto más científico y completo de la literatura española predicado desde su cátedra por el que es en ella el maestro de todos, mi inolvidable condiscípulo en esta escuela D. Marcelino Menéndez y Pelayo, es el que la considera como la exposición ordenada del total desarrollo literario de la península ibérica, desde sus orígenes más remotos hasta nuestros días. Este concepto, producto de una elaboración lenta y gradual, es ocioso pedírsele á tiempos anteriores. Hasta el siglo XIX no fué bien comprendido, porque hasta él puede decirse que las literaturas no habían acertado á verse en su presente en toda su integridad, ni vuelto atrás sus ojos para contemplar su pasado. Para ello fueron necesarios

muchos tanteos y rectificaciones. Primeramente el romanticismo despertó la Edad Media enterrada bajo la mole aparatosa del Renacimiento; luego completaron su obra de reintegración nuevos ideales políticos y el positivismo moderno, y salieron del polvo del olvido la musa popular y las letras regionales. Hoy el majestuoso edificio de nuestra producción nacional está completo, y en él cabemos todos los españoles, porque ante la historia y la filología no existen lenguas parias ni literaturas desheredadas.

Dentro de este cuadro grandioso y simpático ¡qué hermosa labor la de su historiador futuro presentando á nuestra vista el caudal de nuestra herencia literaria, tan vasto y rico y variado como le constituyeron y dejaron cuantos pueblos y razas levantaron sus tiendas en nuestro suelo! ¡Cuán poderosa aparecerá entonces la fuerza inicial de nuestra raza! Algo ha de haber en ella de virtualidad suya y muy suya, cuando al ponerse en contacto de esta nuestra España, tan injustamente despreciada, pueblos inferiores ó superiores á ella, ó han conservado y hasta aumentado su potencia inspiradora ó adquirido la que no tenían. Mucha coincidencia sería que la literatura latina floreciera aquí con mayor pujanza que en los demás pueblos conquistados por Roma; que nunca elevaran su vuelo á tan excelsa altura como en nuestra península las letras hebreas, después

de aquel período excepcional en que la inspiración divina fué su única creadora; y que en ella la poesía del desierto se convirtiera en poesía de oasis y primavera y la estéril ciencia africana en filosofía temible é invasora que levantó la protesta formidable del escolasticismo. Para algo se habrá de contar en la historia de la civilización con un país en el que árboles de tan distinta procedencia se desarrollan con tan mágica lozanía, y que tiene fuerza bastante después de producir un ciclo gloriosísimo de escritores latinos y dos literaturas semíticas sin rival, para crear en su suelo no una, sino otras tres literaturas nacionales, tan fecundas y originales como la catalana, la portuguesa y la castellana, la cual, después de alzarse con el cetro literario de España, extiende su frondoso ramaje más allá de los mares, hasta cobijar bajo su sombra un mundo entero, cuyos pueblos, aún desprendidos del regazo de su madre, llevarán siempre como sello indeleble de su común origen ante el Areópago de las naciones, la misma fe cristiana en su pecho y un mismo acento en sus labios.

Concebida la inspiración nacional de una manera tan amplia y generosa, paréceme tarea muy digna de una solemnidad como la presente, y muy adecuada por su carácter á esta Universidad, la de fijar hoy mi atención sobre nuestra antigua literatura catalana, como quiera que acerca de la castellana lo hizo ya de un modo acabado mi sabio

maestro y antecesor, D. Manuel Milá y Fontanals, en su soberbia inaugural de 1865. Fúé el primer intento con que soñó mi ambición, sugestionada por el sólido saber de aquel varón eminente, acometer como él en este discurso el estudio de cuantos elementos integraron nuestras letras «para distinguir lo que en ellas hubiera de propio y exclusivo, de lo exótico y advenedizo, y aquilatar de esta suerte su verdadero temple nacional». Mas luego hube de ver que este estudio crítico y comparativo era para hombros más robustos que los míos, que no se han hecho para cargar con el peso de una literatura entera. Reduje, pues, el sobrado extenso círculo de mi campo de experimentación, obligado además por los estrechos límites que á las inaugurales señalaron recientes disposiciones, y hoy vengo sólo á exponeros de un modo abocetado, y sin el riguroso ritmo lógico que suponen estudios de tal índole, *algunos de los caracteres que distinguen á la antigua literatura catalana*, contando de antemano con vuestra indulgencia y cortesía, que espero no habéis de negar al más humilde de vuestros compañeros.

I

No pueden estudiarse en su desenvolvimiento orgánico las literaturas, ni apreciarse con exactitud sus caracteres, sin conocer antes la elaboración social y los destinos políticos de los pueblos que les dieron origen. Sin esta relación de dependencia entre la actividad mental y creadora de una nación y el medio social, la literatura es un fenómeno étnico inexplicable. Para comprender bien lo que una raza ha pensado y sentido, es necesario saber bien lo que ha hecho. Sería preciso, pues, si tratáramos de estudiar con provecho nuestra literatura regional, tomar desde su origen no sólo el examen de los elementos intelectuales y morales, sino el de los étnicos que la integran. Pero este análisis, que de hacerlo concienzudo daría materia suficiente para un abultado libro, se presenta erizado de escollos, los más de ellos invencibles, por la doble dificultad de precisar á tantos siglos de distancia de su aparición, cuáles fueron y cómo obraron dichos elementos, y de reconstituirlos en toda su integridad. Hay que mirar siempre con desconfianza, por peligrosas, las generalizaciones, por más que á primera vista nos seduzcan con sus simplificaciones halagüeñas.

La Edad Media se caracteriza por la constitución de nuevas nacionalidades formadas sobre las ruinas de la unidad imperial y por la creación definitiva de nuevas lenguas que ya quizás se habían dibujado confusamente bajo la dominación romana. Estas lenguas determinaron á su vez literaturas populares distintas por su carácter y por sus aspiraciones de la antigua clásica, pero unidas todas por el lazo de la solidaridad occidental y por el espíritu de la civilización cristiana. En aquella época en que los pueblos se reconstituyeron de nuevo espontáneamente y conforme á leyes históricas naturales, las nacionalidades fueron casi tantas como las lenguas, y por vez primera y quizás única en la historia puede decirse que los dominios políticos coincidieron con los dominios filológicos. A pesar del fraccionamiento feudal, los pueblos se fueron agrupando, no sólo por razones geográficas, sino por afinidad de razas y de idiomas y por la comunidad de intereses. Sus principales órganos de desenvolvimiento social y su más poderoso elemento de unificación, indudablemente hay que buscarlo en las lenguas. Tales centros políticos de cohesión nacional tardan en determinarse; se amalgaman en ellos elementos confusos que se asimilan ó se repelen y que por fin se cristalizan en estados por la necesidad de la defensa, por los enlaces políticos, por las guerras y por las conquistas. Francia fué el primer centro de hegemonía política que se

formó en la Europa occidental. En el siglo IX no presenta todavía una cohesión muy clara; pero su núcleo primordial, el hogar de su futura vida nacional, se hallaba en el pequeño condado de París. En España sucede otro tanto. La caída de la unidad visigoda produce el mismo efecto que la del imperio romano, y la reconquista trae consigo un fraccionamiento análogo al que sufrió la nación vecina cuando la disolución del imperio carolingio. Se formaron varios centros de resistencia contra los árabes, y las nacionalidades de la península que tuvieron destinos históricos más gloriosos dentro y fuera de ella, y fisonomía más pronunciada, y lenguas y literaturas propias, derivaron de los tres condados de Castilla, Barcelona y Galicia. Únicamente se atrevió á tomar título de reino la monarquía asturiana, porque nació abrazada á los restos de la antigua tradición visigoda, con sus reyes electivos, sus concilios, sus leyes y su literatura isidoriana.

A semejanza de las agrupaciones políticas se deslindaron también las lenguas populares, que siguieron generalmente la suerte de las primeras. Todos los dialectos italianos convergieron en uno solo, que fué el toscano; todos los de Francia de Norte en el de la isla de París, y los de la del Mediodía en el provenzal, y así también en España á la formación de los tres grandes núcleos nacionales, acompañó la conversión en lenguas literarias de

los antiguos romances de Castilla, Cataluña y Galicia.

El estudiar históricamente cómo se constituyó la personalidad política de Cataluña nos apartaría de nuestro objeto; pero algo hemos de indicar siquiera para explicar en cierto modo por qué en esta región surgió ya desde un principio una literatura completamente distinta de la de las restantes regiones españolas. Milá y Fontanals, en su admirable libro de *Los Trovadores en España* (1), ha enumerado ya con sus acostumbradas precisión y exactitud, las causas históricas y mesológicas que determinaron el que esta porción integrante de la península ibérica se hermanara por su lengua y por sus destinos políticos con el Mediodía de Francia, hasta el punto de formar á uno y otro lado del Pirineo, una nacionalidad intermedia como avanzada de la Europa contra los árabes. Sería, pues, ocioso recordar aquí la identidad de clima y de razas autóctonas y de colonización griega en Provenza y Cataluña; la romanización simultánea y completa de la Narbonense y de la Tarraconense; el primitivo reino visigodo entre el Ebro y el Loire, con su sede alternativa en Tolosa y Barcelona; la independencia de la Marca que ya intentada por los naturales fué auxiliada y llevada á término por las

---

(1) Obras completas del Dr. D. Manuel Milá y Fontanals... coleccionadas por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. — Tomo segundo. — Barcelona, 1889. — Págs. 52 y siguientes.

armas de Carlomagno; la unión política de Cataluña al reino aquitánico de Ludovico durante medio siglo en aquella época decisiva para la formación de las lenguas y de las nacionalidades; los enlaces matrimoniales de las casas de Provenza y Barcelona, y tantos y tantos otros hechos históricos y síntomas de cultura y tendencias comunes, que han llamado más de una vez la atención de nuestros historiadores regionales. En sus confusos orígenes toma Cataluña el significativo nombre de Marca, ó sea de país limítrofe ó fronterizo de los cristianos, y en efecto no fué entonces otra cosa que la *extremaadura* del imperio carolingio. Tan cierto es esto, que para los pueblos del Norte venía á ser la tierra de los Godos (Gothia ó Gothland); para los árabes parte del Afranc, ó sea de Francia, y para los cristianos del interior de España, aún en los tiempos de las hazañas del Cid, tierra también de los Francos.

Mas á pesar de esta poderosa intervención del elemento transpirenaico en nuestros orígenes históricos, no dejaron de manifestarse con vigor las tendencias autonomistas del país, que no sufría con paciencia la dependencia del imperio carolingio. Muchas veces los reyes francos tuvieron que conceder á los catalanes gobernadores propios ó estallaron sublevaciones en la Marca que reducían á una mera soberanía nominal la que aquéllos ejercían sobre ella. La desmembración de aquel im-

perio sancionada en la Asamblea de Quierzy (877), facilitó este movimiento hacia la independencia política; y al ser substituída por la dinastía de los Capetos la de los sucesores de Carlomagno, el condado catalán había roto casi todos sus lazos con Francia, para unir más tarde definitivamente sus destinos á los de la península española. Bien pronto la personalidad política se vió apoyada por el desarrollo de un romance rico y enérgico que confundido al principio con la lengua de oc, tomó luego aspecto propio y afirmó su existencia política y literaria, recibiendo el nombre de la nacionalidad de la cual era medio de expresión.

Echaron, pues, las robustas bases de la existencia política de Cataluña los límites geográficos, el obscuro fondo indígena ibero y celta, enriquecido por colonizaciones tan fértiles como la griega, la comunidad de intereses y la individualidad de aquellas razas que sin duda conocieron y respetaron los dominadores del orbe; le dieron unidad de sentimientos y aspiraciones el romanismo y sobre todo el cristianismo, que forman el *substratum* de nuestra civilización, de nuestra lengua, de nuestra actividad mental y de nuestro carácter; imprimió el germanismo sus huellas en algunas de sus instituciones políticas y sociales, en algunos apellidos, en el léxico y ligeramente en la sintaxis de la lengua; despertaron su conciencia histórica la tendencia anexionista de los francos y el desmembra-

miento feudal; la desarrollaron y robustecieron las luchas contra los moros, que en el orden intelectual promovieron también una vigorosa protesta filosófica y religiosa; y se encarnó por último el confuso sentimiento nacional, al principio de la reconquista, todo dispersión, todo individualismo, todo instintiva defensa, en la dinastía secular de la casa gloriosa de Barcelona, que afirma su superioridad sobre los demás condados de la región, convertida en centro de unidad política y en expresión del espíritu activo de la raza, y que tomando la dirección enérgica de sus destinos políticos, inicia y asegura su orientación mercantil con la conquista paulatina y sucesiva del Mediterráneo, y termina dentro de la península y ciñéndose á confines étnicos de antemano señalados, la reconquista del terruño solariego del poder de los invasores árabes. De esta suerte salió en el siglo XIII definitivamente constituida la sociedad catalana, feudal en el fondo, monárquica en su forma, federativa en su organismo político, religiosa en su espíritu, guerrera y mercantil en la doble expansión de su actividad, y en su modo de ser profundamente liberal y democrática. En el reinado de D. Jaime I el Conquistador, que es el monarca que mejor representa su carácter, quedó definitivamente rota la incipiente nacionalidad catalano-provenzal *que Dios no bendijo*, como dice nuestro Milá, y se formó la nacionalidad catalano-aragonesa, por medio del primer

ensayo de confederación que han conocido los pueblos modernos, bajo la base de la hegemonía del espíritu catalán, alma y nervio de los estados federados, los cuales se desarrollaban con plena libertad de movimientos dentro de su propio organismo. La conciencia de esta reintegración nacional, ya completa en tan temprana edad, se traduce en un poderoso impulso de actividad interna y externa en la marcha de la política y en las letras, en la jurisprudencia y en el arte, en la ciencia y en el comercio, en las empresas marítimas y en las guerras extranjeras. Y al llegar el siglo XIV, punto culminante de la grandeza y apogeo de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestra literatura y de nuestra historia, los catalanes vienen á ser los *Lusíadas* del Oriente, y con las victorias de sus marinos y con las azconas de sus almogávares, van abriendo paso por todas las islas y penínsulas, y por todas las aguas del Mediterráneo, á los apóstoles de su pensamiento, á la lengua de sus escritores y á las naves de sus mercaderes.

## II

A este vigoroso y emprendedor espíritu étnico había de corresponder necesariamente una literatura original y fecunda. Dos hechos principales constituyen las bases de toda manifestación literaria: la nacionalidad y la lengua; y una vez creada ésta, como el más poderoso medio de unificación política, la aparición de la literatura es su consecuencia inmediata.

Que la catalana se alimentó principalmente de la savia del pueblo que le dió origen; que se robusteció con la fuerza inicial de sus propias tradiciones, y que generalmente supo hallar un feliz consorcio entre los sentimientos populares y las creaciones de sus ingenios, lo prueban su propia substantividad y sobre todo las dos condiciones que en ella más resaltan y que constituyen su característica diferencial y específica: la tendencia práctica y su sello popular.

Sin embargo, á los ojos de muchos críticos que no la han estudiado concienzudamente, nada de peculiar ni de original ofrece. Supónenla estos tales imitadora ciega de Provenza en los albores de su existencia, y en su edad adulta, mero satélite de las letras de Francia, Italia y Castilla, al rede-

dor de cuyos soles gira sucesivamente. Para ellos nuestro bagaje literario no excede de unas pocas crónicas, un par de moralistas, media docena de obras científicas de escaso valor intrínseco y una monótona producción poética en la que sólo es digno de mención un solo nombre. Ignoran que nuestra literatura es mucho más rica de lo que podía esperarse de un pueblo guerrero y mercantil, tenido por prosaico y rudo, más amigo del trabajo que de los refinamientos del pensar y del sentir. Ignoran que posee un tesoro de producciones que nada deben á la inspiración extranjera, y una serie de figuras cuya grandeza no tiene muchos rivales en las demás literaturas vulgares. Ignoran, por último, que esa producción fué tan exuberante, que en las bibliotecas de Europa es más frecuente tropezar con códices catalanes de la Edad Media que con portugueses y castellanos, y que no sólo abundan en Madrid, en el Escorial y en Sevilla, sino también en París y Londres, en Roma y en Venecia y hasta en Munich y Viena, con asombro y regocijo de todo buen español.

No puede comprenderse bien el carácter y la evolución de una cualquiera de las literaturas neolatinas sin tener una idea clara de la historia literaria general de la Edad Media, campo y ambiente en los que las lenguas y nacionalidades modernas se organizaron y desarrollaron. De la concepción sintética de la misma y de los mutuos contactos y

contrastes de sus diversas producciones nacionales resulta la perfecta determinación de cada una de ellas. En una palabra : las literaturas románicas no pueden estudiarse por separado, porque todas se van influyendo unas tras otras ó simultáneamente, y este es el resultado natural de su común origen y del espíritu cristiano que con tanto vigor á todas las informa. Otra observación hay que tener á la vista para no sorprendernos ante ciertas lagunas ó parciales deficiencias que pueda descubrir nuestro estudio. Las literaturas romances sólo á medias realizaron sus destinos, y sólo á medias, por lo tanto, resultaron nacionales; pero encerraban una savia popular abundantísima, que hubiera llegado á informarlas por completo, á no haber detenido y paralizado su crecimiento la cultura clásica, que, aún vencida, no las soltó jamás de la mano, hasta avasallarlas de nuevo en la espléndida apoteosis de la antigüedad que se conoce con el nombre del Renacimiento. No hay que buscar, pues, en la Edad Media la total emancipación literaria de los pueblos, pero sí el intento enérgico de ella; y como quiera que sea, en estado incompleto ó fragmentario, las literaturas medio-evaes serán siempre las más populares, las más cristianas y tal vez las más características que registran los anales de los pueblos modernos.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, la catalana se nos presenta como una de las más com-